

Costea lo por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2.

No se devuelven los originales

Miremos

a lo fundamental

Una de las notas características del peligro que corre toda Europa con la invasión bolchevique, apoyada en el continente entero, y aun en las islas británicas, por las muchedumbres socialistas más o menos adictas — todas adictas, al menos, en principio — a la Tercera Internacional, es decir, a la invasión misma, es que los auxiliares no disimulan su apoyo, mientras que los que por sus ideas o posición en la vida tienen que oponerse a los invasores, parecen que no se dan cuenta del riesgo que corren.

En Inglaterra misma han levantado airadamente la voz las Sociedades obreras, manifestando que no son partidarias de que se detenga a los bolcheviques, y que se opondrán resueltamente por todos los medios a que se les haga la guerra. Y los muchos enemigos que tiene Inglaterra se refocilan, viendo en el trance, no el ataque a los hombres de orden, a la organización social y a su propia posición particular, sino el riesgo para Inglaterra de perder lo que ha ganado en la anterior guerra nacionalista.

Véase como lo expresa Armando Guerra:

«Yo lo siento, amigo John Bull, lo siento mucho; pero me parece que ha llegado tu hora. Catón ha reaparecido en Lenin. Aquél no perdía ocasión de repetir: «Es preciso destruir a Cartago», y se salió al fin con la suya. A Lenin se le ha metido entre ceja y ceja destruir el imperio británico, y poco hemos de vivir, o hemos de ver en tierra al tirano...»

Véase después una recapitulación de los hechos, no en sentido apologetico, ciertamente. Si se avi-

no Lloyd George a parlamentar con los soviets, no fué por el comercio, sino por el temor de que los bolcheviques quitaran a los ingleses la India. Según declaraciones del mismo Lloyd George y del duque de Worthumberland, la Tercera Internacional apunta contra Inglaterra, y en la conspiración entran los sin-falsos de Irlanda.

Existe, pues, una conjura que se extiende por todo el mundo, para destruir el imperio británico. Y Armando Guerra pone a la noticia el siguiente comentario tan expresivo: «¡Miren cómo es el mundo! ¡Qué ingrato!»

Recapitula en seguida como los franceses no están contentos de sus aliados los ingleses, Italia se muestra enojada con ellos por lo caro que le cuesta el carbón inglés, Alemania y la despedazada Austria es de imaginar que harán cuanto puedan (y algo podrán) para que Inglaterra se hunda..., etc., etc.

Los elementos del imperio británico están minados. «Confién los ingleses en que si en distintos puntos del globo se preparan a sacudir el yugo, no faltará algún país en el que se castigue a los que protestan contra su dominación, y malo será que no encuentren en él esclavos mercenarios que los sirvan». Parece esto una alusión sarcástica a nuestro país donde, aunque hay muchos adversarios decididos de los ingleses, o que creen, como el insigne Vázquez de Mella, que la grandeza británica es incompatible con la nuestra, tampoco faltan los que se les echan de ingleses, o los que ven en Inglaterra el prototipo de la sabiduría política y de la elegancia en el pensar, vestir o poner la casa, o dicen, simplemente, con nuestro Fernando VI: «Con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra».

En el mismo sentido que el distinguido escritor militar, viene

tratando de la invasión de Polonia el «A B C». De «una nueva guerra en defensa del Derecho» califica satíricamente la que puede armarse para rechazar a los bolcheviques, y cuida de prevenir a los españoles para que no caigan en la tentación de querer ayudar de algún modo a los adversarios de Lenin. «Es claro — dice — que el régimen bolchevique no merece las simpatías de ningún espíritu verdaderamente democrático, ni de ningún hombre culto. Pero de eso a organizar una coalición internacional para derribarlo dentro de la misma Rusia, hay cierta distancia que, teóricamente, no puede salvarse de manera satisfactoria».

No comprendemos lo de teóricamente. Teóricamente y prácticamente ha sido siempre la mejor manera de defensa contra el adversario, el atacarlo antes de que él descargue su golpe. Lo que nuestros chulos llaman en su argot «madrugar», y los tratadistas de la guerra la ofensiva, en lugar de la defensiva. Es lo que han hecho o están haciendo los bolcheviques metiéndose en Polonia. Quizá a estas horas serán dueños de Varsovia. No se trata, pues, de internarse en Rusia para derribar el régimen de los soviets, sino de arrojar a los bolcheviques del territorio que no era de ellos.

Según nos dice «Armando Guerra», Lenin no trata de mantenerse a la defensiva, sino de acabar con el imperio británico. Lo que no pudo hacer Napoleón III, ni tampoco el último kaiser con toda la pujanza de Alemania bajo su cetro, y con el famoso himno de odio a Inglaterra. Seguramente que sino lo consigue Lenin, otro vendrá que lo alcance; porque en este mundo, todo, aún lo que parece más fuerte, es fútil y deleznable; aún lo creemos permanentemente es transitorio. Quizá sea

un poco exagerado aquello de «poco hemos de vivir, no hemos de ver derribado al tirano». Quizá no sea en nuestro tiempo, sino en el de nuestros hijos o nietos; pero el tiempo no para, y los años llegan a formar los siglos y los siglos de siglos.

De todas suertes, creemos nosotros que el punto de vista para apreciar el actual empuje de los bolcheviques, no es nacionalista. Esta nueva guerra no es nacionalista. No se trata de que la potencia predominante sea Inglaterra o lo sea Alemania. Los invasores no son los rusos; son los bolcheviques. Millones de rusos están deseando que los que salen de Rusia sean vencidos, y que los que resisten a los que salen de Rusia, no sólo los rechacen, sino que entren en Rusia y cobren con el régimen allí existente. No se trata de que una nación resulte más grande con lo que a la otra se quite, sino de si ha de predominar en todas las naciones la tosca y salvaje tiranía de los peor educados, o volver al sistema natural, que tiene sus imperfecciones, pero que lleva dentro el germen de la armonía social posible en el mundo. Ante esta gran cuestión de cultura y de derecho, nos parece una bagatela que la hegemonía sea de Atenas o de Esparta, de Alemania o Inglaterra.

SAETAZOS

Va a ser nombrado embajador de Francia en Madrid M. De Franco.

¡Cuidado el son oportunos los franceses que hasta para esos cargos disponen de personas con apellidos representativos... y clarísimos de entender.

...Porque no me negarán ustedes que en cuanto M. De Franco se anuncie por Madrid... todo el